

Como si Dios en su paternal bondad, hubiese hecho avivar el fuego por la boca de algun ángel, aquel presentaba el aspecto de una roja granada por todos lados.

Isabel apenas habia comido en la noche anterior: tambien habia dormido muy poco: dos horas de descanso la hubieran regenerado: pero ¡ay! ¡la pobre criatura no tenia la libertad de descansar!

Llena de valor y con el propósito de no desmayar, sino confiar en la bondad de Dios, padre de los huérfanos, buscó lo necesario y se dedicó con asiduidad á confeccionar el almuerzo de Doña Escolástica, y el suyo propio, pues ya empezaba á sentir de nuevo las angustias del hambre.

## VII

Pocos dias despues de la visita del Marqués del Prado á casa de Aurora, visita que, como sabemos, la motivó el deseo de hablar á German, se hallaban solos la Marquesa, su madre, y su hermana Camila en el saloncito de confianza de la primera.

Era una dama, que aun conservaba señales de una belleza muy correcta y muy pura.

Su estatura, más bien alta que pequeña, estaba llena de una graciosa majestad: era delgada, blanca, pálida, con un talle perfecto, y que aun ostentaba restos de una gracia juvenil.

Su cabello negro, que llevaba recogido en gruesas trenzas, apenas tenía algunas hebras de plata; sus ojos negros, de dulce y altivo mirar, eran grandes y rasgados; sus manos, de dibujo perfecto, ostentaban una exquisita distincion, y eran blancas y afiladas.

En el semblante, en la figura, y hasta en las

maneras de la Marquesa, resaltaba una tristeza profunda; tristeza que se comprendía fijando la vista en su hija Camila.

Esta jóven, que apenas llegaba á los diez y siete años, dejaba conocer fácilmente que se hallaba atacada de una de esas enfermedades que diezman á la juventud y que no hay medio de curar, porque la ciencia es impotente para ello.

Camila padecía del pecho.

Así lo aseguraban su cuello largo, sus pómulos un tanto salientes y sonrosados, y el fuego sombrío que se advertía en sus grandes ojos negros.

La pobre niña era muy hermosa; en sus facciones distinguidas, parecía haber agotado la naturaleza la magia de su pincel; su nariz recta y delicada, su boca pequeña, su frente noble y serena, las líneas puras y acabadas de toda su fisonomía, presentaban, á pesar de los estragos que ya había hecho en ella la enfermedad, el modelo de la más perfecta hermosura.

Como sucede muchas veces, ó por mejor decir, como sucede siempre, Camila ignoraba su dolencia; su carácter dulce y apacible la libertaba de distracciones bulliciosas, y ya se sabe que el leer, el pintar, el tocar el piano y bordar

no fatigan; lo que podía haberle sucedido, si hubiera sido aficionada á correr ó á jugar al volante.

Su mismo hermano no veía la mano destructora de la enfermedad; solo los ojos de la madre descubrían el descarnado dedo de la muerte señalando al pecho de su hija.

Esta convicción acibaraba todos los instantes de la vida de la Marquesa.

—¡Pronto me quedaré sin ella!

Este amargo pensamiento, que acudía sin cesar á su imaginación, era mucho más doloroso cuando veía á Camila divertida y alegre.

Algunas veces, en medio de una fiesta y en presencia de las gentes extrañas, prorrumpía en llanto, y era tal la certidumbre que tenía de su desgracia, que no rogaba al cielo la separase del camino de su vida, sino que le pedía fortaleza para soportarla cuando llegase.

El mayor cuidado de aquella madre infeliz, era el de ocultar sus sufrimientos á la vista de sus hijos; tanto temía que se apercibiese de ellos Fernando como Camila.

Madre é hija se hallaban sentadas al lado de un velador, sobre el que ardía un quinqué de bronce y porcelana.

El saloncito era un modelo de gusto y elegancia, en medio de la sencillez que resaltaba en su mueblaje. Había en su adorno algo del gusto inglés, en que se advierte cuánto se prefiere en aquél ilustrado país la comodidad á la ostentacion.

No hemos entrado en una casa de Lóndres sin que hayamos comprendido cómo se ama allí la vida de familia, y hasta qué punto son estimados los goces de la casa. En Francia, la mujer se educa para los saraos; en Inglaterra, se educa para el hogar doméstico.

La Marquesa del Prado era inglesa; y en su casa resaltaba la grata, suave y sencilla poesía de las damas y de los hábitos de su país.

Decoraban y guarnecian las paredes algunos silloncitos de tela de lana y seda azul, con borlas y flecos, además de otros cuatromás grandes y cómodos para las personaas de edad avanzada, ó para las personas de la familia que desearan el reposo.

Sobre la chimenea, cubierta con una pantalla delicadamente bordada por Camila en felpillas sobre fondo de raso blanco, había dos hermosos ramos de flores que exhalaban un deli-

cioso y fresco perfume, y que eran el diario regalo de Fernando á su madre.

En cada una de las rinconeras de acajú con remates de bronce, lucía otro jarro con otro ramillete de flores.

Algunos cuadros sencillos, obra casi todos ellos de Camila, decoraban las paredes, vestidas de tela de seda azul oscuro.

En el centro, una mesa cubierta de un tapete azul, sostenía el quinqué, y al lado de aquella mesa, se hallaban sentadas la Marquesa y su hija; ésta bordaba, y aquélla la miraba con una ternura en la que había no poco dolor.

Camila era bella, con esa hermosura dulce y suave que parece aspirar al cielo: bajo la blanca piel de su cuello y manos, se veía correr su sangre: sus grandes párpados, inclinados sobre su labor, proyectaban en sus mejillas la densa sombra de sus negras pestañas, largas y rizadas como dos franjas de seda.

Sus cabellos, negros como los de su madre, se enroscaban en gruesas trenzas detrás de su cabeza con una gracia y una sencillez infinitas, y enteramente exentas de pretensiones.

Llevaba un vestido blanco y un cinturón azul, bastante ancho, que se enlazaba en su

costado izquierdo, y descendía despues en largos cabos.

Sobre el escote de su traje, volvía un encaje, que hacía resaltar la blancura y delicado dibujo de su garganta.

La Marquesa vestía un traje de seda negro, liso, pero admirablemente hecho. Aun era elegante su talle, y estaba dotada además de esa suprema distincion contra la cual son ineficaces los años, pues nada consigue destruirla. Llevaba los cabellos, que aún eran hermosos y abundantes, trenzados lo mismo que su hija y recogidos además con una larga flecha de brillantes de gran valor.

—Hija mía, dijo á Camila, ¿por qué no dejas ya la labor? ¡son cerca de las nueve! en este tiempo no es bueno atarearse tanto: vamos, descansa un poco hasta la hora del té.

—¡Ay, mamá! repuso Camila: ¡cuando recuerdo que ya faltan solo muy pocos dias para el cumpleaños de Amelia, quisiera no dormir para terminar este almohadon!

—Siento, mi querida Camila, que te des tan malos ratos por esa jóven, repuso la Marquesa con gravedad no los merece, hija mia: no te ama!

—¡Dí más bien, mamá, que tú eres la que no la amas á ella, repuso Camila, y yo bien sé por qué!

—Porque tiene mal carácter porque es altiva, egoista, petulante... no te pareces á ella en nada, gracias al Cielo.

—Mamá, dijo Camila, clavando la aguja en su bordado y tomando tiernamente la mano de su madre: ¿me permites que te diga una cosa?

—Segun sea... cuidado, señorita, que temo mucho á las malicias de Vd.

Diciendo ésto, la Marquesa amenazaba á su hija con el dedo.

—No temas, mamá, repuso la jóven: te prometo no enfadarte: en cambio, tú me dirás si es verdad lo que creo.

—Veamos.

—Pues bien; no amas á Amelia, y la encuentras tantos defectos, porque debe casarse con mi hermano... ¿he acertado?

La Marquesa tardó algunos instantes en responder: luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Te equivocas en parte, Camila, y en parte tienes razon; escucha: siento que esa jóven, á pesar del título de Duquesa que ha de llevar un dia, y de sus grandes riquezas, se case con tu

hermano: eso no lo niego; pero lo siento precisamente á causa de sus defectos.

—Fernando se los corregirá.

—No, hija mia, un esposo puede modificar ciertos hábitos y hasta algunos defectos, segun tú dices; pero los de Amelia no son de esa clase: son hijos de su carácter, que es malo: de sus sentimientos, que son duros: ya sabes que yo no juzgo jamás á la ligera.

—Por eso me admiro de tu severidad para con la pobre Amelia: ¿no sabes que no ha tenido madre? ¡desgraciada amiga mia! huérfana casi del todo, pues su padre apenas ha pensado en ella, no ha sido amada de nadie más que de mí.

—El que no se hace amar, no es amado jamás: pocas veces nace el cariño de una espontánea simpatía: y solo las bellas prendas del corazon y del carácter, es lo que despierta en los que nos rodean afecto y consideracion.

—¡Ni aun Fernando la ama!

—Tienes razon: no la ama, y ese es uno de mis mayores pesares! Si la amase, sería ciego para algunos defectos suyos: así, los verá todos!

—¡Qué no se case, pues, con Amelia! ¡Dios mio, debe ser horrible cosa el casarse sin amor!

—¡Ah! si no estuviese resonando en mi oído el expreso mandato de tu padre, no dejaría yo, Dios lo sabe, que se llevase á cabo esta union: pero él mandó, y á tu hermano y á mí nos toca obedecer.

Camila no pudo contestar: en tanto que su madre hablaba, se habia detenido un coche á la puerta, y, abierta despues la de la escalera, se oyó el roce de un vestido de seda y la voz del lacayo de la antesala que anunciaba:

—La señorita Amelia de San Mauro.

Camila se levantó y fué á abrazar á su amiga, á la cual seguia una dama de edad avanzada.

Amelia era una hermosísima jóven: su tez, blanca como el nácar, estaba alumbrada por dos grandes y rasgados ojos negros: su cabellera castaña se agrupaba en gruesos rizos sobre su frente de alabastro: tenia el talle de una ninfa, de una diosa: su boca, un poco grande, era una gruta de coral y perlas: su nariz recta, sus cejas, que parecian dibujadas con un delicado pincel, sus largas pestañas negras, la hacian un modelo de belleza.

Su traje era magnífico, en demasía acaso para una jóven que acababa de cumplir diez y

siete años. Llevaba un vestido de grueso raso azul celeste, y una mantelota de encajes negros, medio caída en el talle, cuya perfección era admirable.

Un sombrerito de blondas blancas, contenía apenas su soberbia cabellera hecha rizos.

La dama que la seguía era su abuela, y parecía pasar algún tanto de los sesenta años: era de imponente y elevada estatura, delgada y de maneras nobles y dignas, si bien en extremo altaneras.

Amelia abrazó á su amiga, y se sentó á su lado, en tanto que la anciana Duquesa lo hacía al de la madre de Camila.

—¡Siempre bordando! exclamó Amelia con desden; pareces una tapicera.

—¿Qué quieres? esto me divierte, repuso Camila procurando ocultar su almohadon de los ojos de su amiga.

—¿Te divierte? repitió Amelia en tono de duda burlona: ¿eso te divierte?

—Sí, por cierto: respondió Camila con sencillez.

—A mí me aburriría.

—A mí lo que me aburre es el no hacer nada.

—Pues yo no hago nada jamás: ¿para qué? que trabajen los pobres.

¡Qué vulgaridad! pensó Camila: luego, alzando la voz, prosiguió, deseando cambiar de conversacion:

—¿Has ido á paseo?

—Sí: sola con mi abuelita, y me he fastidiado.

—¿No has paseado á pié?

—¿Yo á pié? jamás; hace más de un mes que no doy un paso en la calle.

—¡Ay, Dios mio, me asusto de oirlo!

—¿Sigues aún paseando á pié?

—Todos los dias.

—Pues eso es muy plebeyo.

—¿Qué importa, si me gusta?

—Sin embargo, hay ciertas cosas que por más que gusten, no se deben hacer.

Mientras tanto, la Duquesa hablaba con la madre de Camila, y le decía:

—Esta noche he venido, amiga mia, para pedir á Vd. un consejo.

—¿Un consejo! repitió la Marquesa.

—Sí, acerca de una camarera.

—¿Pues no tiene Vd. dos, querida amiga?

—Sin embargo, Amelia tiene poco con una.

—¿Poco con una?

—Sí, por cierto: Vd. no se puede figurar lo que es la niña; cada día la visten y desnudan cuatro ó cinco veces, hasta de ropa blanca: sombreros, le compré ayer diez.

—¿Diez sombreros!

—¡Sí hay días que se pone tres!

—¿Y para qué?

—Uno por la mañana, otro por la tarde y algunas veces otro por la noche: pero en fin, volviendo á la camarera, me la ha proporcionado la hermana María: la que, como Vd. sabe, me cuidó en mi última enfermedad.

—¿La superiora del hospital general?

—Justamente.

—No puede ménos de ser buena.

—Dice que es una señorita, lo que me disgusta un poco.

—¿Por qué?

—No sé; no tiene una libertad para mandarles.

—A mí me parece lo contrario: creo que es mucho más cómodo tener en casa á una persona de buena educacion, que no una ordinaria.

—¡Ay, amiga mia, son tan exigentes! creen que todo se les debe de justicia: quieren que

se las mime además de pagarlas, y yo trato muy mal á los criados.

—¿Les trata Vd. muy mal? ¿por qué razon?

—Porque los detesto; son nuestros más encarnizados enemigos, y yo les pago del mismo modo.

—¿Y esa camarera que le han propuesto á Vd., es bonita?

—Dicen que es muy linda.

—¿Jóven?

—Cuenta solo diez y siete años.

La Marquesa se encogió de hombros, y dijo: —Será una buena compañera para Amelia: una jóven dulce, prudente y de agradable figura, la enseñará mil habilidades y cosas curiosas.

—¿De cocina? ¿de repostería? ¡oh! eso no lo necesita para nada; ó por mejor decir, de nada necesita siendo tan rica como es: lo que yo quisiera es que esa chica fuese primorosa en el peinado y en el aplanchado, para lo cual es Amelia muy delicada.

—Yo creo, dijo la Marquesa, que esa camarera es preferible á cualquier otra.

—¿Lo dice Vd. de veras?

—Sí, por cierto.

—Pues la tomaré.

—Yo lo haria desde luego, y además, puede Vd. ver cómo le va.

—Es verdad: y ¿dónde se halla Fernando? hoy no le hemos visto, y tampoco se halla aquí.

—Estará en el teatro.

—¿Sin ir nosotras?

—Tal vez pensaría que iban Vds. hoy.

—Yo no sé lo que pasa ahora á Fernando, dijo la Duquesa: está con nosotras frio y taciturno, lo que es muy extraño no conozca Amelia con su talento.

La Marquesa guardó silencio.

—¿No sabe Vd., amiga mia, continuó la anciana señora, si su hijo tiene algun devaneo por ahí, de esos que los jóvenes toman por pasatiempo? Si lo tiene, no trate Vd. de ocultármelo, porque yo no me espanto de esas cosas: lo que importa es que no lo sepa Amelia, que, como niña falta de mundo, pudiera tomarlo por donde quema.

—¡Pues qué, señora! ¿Vd. podría mirar con serenidad que mi hijo amase á otra mujer, próximo como está, á casarse con su nieta?

—¿Por qué no? ¡eso es moneda corriente!

—Jamás lo será para mí, y creo que para él no lo será tampoco.

—Es cierto que Vd. piensa de muy distinto modo que yo, que no veo en eso un gran mal: casi todos los hombres de mundo y de fortuna, estén casados ó no, tienen caprichos, y le mismo sucede á las mujeres.

—Podrá ser, dijo la Marquesa: pero yo no perdonaría esos caprichos al hombre á quien amase.

—Porque Vd. piensa aún á la antigua, querida mía: pero tan á la antigua, que siendo mucho más joven que yo, hallo extraño su modo de ver las cosas.

—¿Y qué remedio, señora? así me han educado: no comprendo caprichos en punto al amor: creo que se puede amar á una persona ó no amarla: si se la ama, ha de ser á ella sola, y en este caso no caben caprichos: si no se la ama, lo más prudente es separarse de ella para siempre.

—¡Pues sería cosa divertida el matrimonio en ese caso! ¿tampoco concede Vd. á las mujeres la libertad de recibir galanterías?

—Solo hasta cierto punto, señora.

—En fin, mi querida amiga, dijo la Duquesa, como si no quisiera gastar su tiempo y emplear



sus razones con la madre de Fernando: una cosa he venido á rogar á Vd.: y esta es que haga saber á su hijo que así Amelia como su padre y como yo, nos hallamos sumamente disgustados con su conducta: porque si bien mi hijo y yo tenemos bastante mundo para excusar cualquier capricho que pudiera divertirle, le exigimos tambien, aunque solo sea por amor propio, que no prescindamos del todo de Amelia, que la acompañe alguna vez: en fin, que la sociedad vea que se va á casar con ella: de lo contrario, que no se extrañe si mi nieta le despidiere, pues hay muchos que solicitan sus menores preferencias.

—Pero señora, si ella le ama...

—Ella no ama aún á nadie, y le hago la justicia de creer que no se casará por amor, porque eso es ya tan plebeyo como ridículo.

—De esta suerte, señora, conozco demasiado á Fernando, y creo que no se casará con una mujer que no le ame, repuso la Marquesa: pero dejemos ya esta conversacion; y permítame usted le pregunte si no salen este año de Madrid, segun habian pensado.

—No salimos hasta dentro de dos meses, que iremos á París: Amelia prefiere esto á ir á tomar aguas, porque está muy buena; ¡pero qué veo!

prosiguió la Duquesa sacando su reloj guarnecido de brillantes: ¡son cerca de las diez! ¡y la Marquesa de C. da un baile á los rezagados aquí... para el que estamos convidadas! ¡ni á la una llegamos allá! vamos niña; ¡ya estará la modista esperando en casa para vestirme!

—¡Cómo! dijo Camila; ¿vas al baile?

—Sí con mi abuela; llevo un traje precioso y un aderezo de perlas que le ha costado trescientos duros, y que me regala.

—¡Ir á un baile en este tiempo, con tan excesivo calor! á mí me sería imposible.

—Pues á mí me gusta; ya ves, yo, como soy soltera, solo llevo perlas y turquesas; el buen gusto destina á las casadas los brillantes, las esmeraldas y los rubies; pero mis adornos de soltera llaman la atención de todos; tanto, que el otro día decian unas señoras en un palco del teatro que ocupaban al lado del nuestro:

—La Duquesa de San Mauro está arruinando la casa con su excesivo lujo—pero en fin, cuando esté arruinada del todo, no faltará crédito para hallar quien nos preste; y además, mi abuela es muy vieja y ya vivirá poco; y yo me casaré con tu hermano que es rico, y podré seguir gastando.

—¿Y tu padre?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡mi padre! pero ¡ah! mi padre ya se cuida de sí... él gasta poco, y tiene sus tierras que se guarda y administra. ¡Adios amiga mia! que sigas bordando entretanto que yo bailo; cada uno se divierte á su modo. Vamos abuelita.

Amelia salió con la Duquesa.

—¡Dios mio! ¡qué cabezas tan vacías! exclamó Camila, ¡y cuánto las compadezco!

—Quiera Dios, dijo la Marquesa, que Amelia sea quien se canse y quien rehuse á tu hermano para esposo suyo; esa sería una dicha para todos nosotros, hija mia.

## VIII

Aurora habia concebido por el Marqués una pasión voraz: un primer amor lleno de vehemencia, de ilusiones y de sueños.

Preciso es decir que todo la empujaba hácia el precipicio; su marido se habia entregado á la más miserable y vergonzosa vida; no salia de los garitos, de los ahumados cafés de los barrios bajos, y de las casas de los toreros y mozas de rumbo, que eran las que escuchaban todas sus galanterías y para quienes él guardaba la parte más selecta de sus agudezas y chistes.

Como no tenia un cuarto, ni lo ganaba, jugaba con trampas, y su vida estaba pendiente de un hilo, puesto que tenia segura una desastrosa muerte el día en que sus compañeros de desórdenes advirtiesen que no les ganaba, sino que les robaba el dinero por malas artes.